

*Las nuevas configuraciones familiares y su impacto en la subjetividad de niños y adolescentes**

Silvia Baeza

Ya desde el título, esta conferencia me llevó a algunas reflexiones. A mí me gusta entenderlo de manera circular, es decir, comenzando por cualquier polo. Así, las nuevas configuraciones familiares impactan sobre las subjetividades; y a la inversa, las nuevas subjetividades –además de otras influencias- son las que informan /dan forma, a su vez, a las configuraciones familiares, las cuales, a su turno, circular y dialécticamente, se instituyen como modos de producción de cambios sociales.

Crisis, cambios y modificaciones en las últimas décadas -por lo menos, en un vasto espacio planetario, y a pesar de predicciones en sentido contrario- reafirman la idea de una amplia mayoría de personas que seguimos considerando a la familia como centro de nuestras vidas y aceptando, casi universalmente, algunas de sus características centrales.

La familia implica: una diferencia generacional, una relación de asimetría y una clara función de sostén y pertenencia.

No ha muerto la familia, como declaraba Cooper (1971) hace ya unos cuantos años; por el contrario, sigue viva, y es el sistema social principal, cuyas funciones constituyen el núcleo fundante –aunque no exclusivamente determinante- de la estructuración armónica de una persona.

El sistema familiar es considerado como una red intersubjetiva que implica filiación y transmisión, a cargo de la socialización primaria que se produce en su seno.

Sin embargo, lo que sí ha cambiado significativamente es su composición y sus modalidades de funcionamiento. Se ha reducido su tamaño, que pasó de la familia extensa de antaño a la familia nuclear de hoy. Esta tiene poco, a veces inestable, o casi nulo contacto con la familia más extensa. Ahora, hay una mujer que se ha incorporado intensamente al mercado de trabajo e hijos que ingresan desde muy temprano en otras instituciones y pasan mucho más tiempo que antes en compañía de adultos diferentes de sus padres o están en contacto con la televisión y la tecnología.

El vínculo matrimonial, por su lado, ha perdido su carácter incondicional -hoy incluye cuestiones de género- y la composición de la pareja o de la familia puede cambiar una o más veces durante el período de niñez y juventud.

También hoy, el rol de la familia en la transmisión cultural básica comparte algunas de sus funciones con instituciones secundarias. Varias de estas funciones, parcial o totalmente, se han trasladado, o son asumidas sin demasiada conciencia o responsabilidad por los medios de comunicación.

Entonces, y a pesar de las distintas configuraciones que hoy presenta el sistema familiar, este mantiene sus funciones básicas aun cuando estas se redistribuyen de modos diferentes de los tradicionales, siempre con una impronta cultural característica, pero que son casi universales: la familia proporciona pertenencia y sostén a ese ser humano que llega al mundo en un estado máximo de desamparo físico y emocional.

En Occidente, mujeres, niños, hombres, ancianos, de todas las edades, de cualquier orientación sexual y de todas las condiciones sociales, como lo muestran las investigaciones sociológicas, seguimos considerando que la familia es la principal o más importante fuente de satisfacción personal y una estructura crucial en la transmisión de la historia, sabiduría y aprendizajes de cada tribu, cada pueblo, cada cultura.

Desde el harén musulmán, la extensa familia hindú, la familia nuclear europea, la familia patriarcal gitana pasando por modelos de forma de vida familiar más comunitarios -como aún conservan nuestros pueblos aborígenes- los kibbutz israelíes, las familias monoparentales, los padres separados, vueltos a casar, con o sin hijos comunes, padres adoptivos, familias reconstituidas o ensambladas, madres solteras, sacerdotes -con hijos- sin dispensa papal, parejas de hecho o la pareja de padres homosexuales, hasta familias concebidas como una red social no consanguínea, y aun otras configuraciones posibles...forman la colorida gama del universo familiar actual.

A su vez, cada configuración familiar, o lo que llamamos familia percibida, es decir, aquellas personas a las que consideramos familia en sentido próximo, más allá de los vínculos de sangre, establece los límites entre lo deseable y lo prohibido, lo normativo y lo desviado.

Sin embargo, los modelos divergentes, cada vez más visibles, todavía se aceptan con dificultad o se rechazan explícitamente acusados de "antinaturales, patológicos o disfuncionales". Son resabios de prejuicios, "reliquias sobrevivientes de una sociedad prejuiciosa" (como reza una sentencia judicial reciente).

Una acrítica intolerancia tiñe cualquier desvío o novedad respecto de la configuración familiar tradicional. Jaquea a unos e irrita a otros como si fueran a tem-

blar los cimientos de la civilización, ya que la familia no vive aislada, sino en estrecho contacto y resonancia con el resto de la sociedad. Lamentablemente, este rechazo de las diversidades familiares que hoy vivimos puede continuar y hasta exacerbarse si el único o hegemónico ideal familiar se centra en la pareja heterosexual con 2 hijos y que permanezca estable, fiel y unida hasta que la muerte (hoy, pasando los 90 años) la separe.

Pero cualquiera que sea la configuración familiar, la necesidad del hijo que llega a una familia es la de sentirse dentro, ser parte del proyecto familiar, su historia, sus valores, sus creencias, su lenguaje, es decir, llega con derecho a la continuidad en el tiempo, derecho de reconocimiento y respeto como persona.

Las subjetividades

El rol de hijo no se concibe sin su complementario de padre/madre. El hijo no se constituye aislado, sino “entre”: en las relaciones con y entre sus padres; con y entre otros significativos, y, además, entre las circunstancias económicas, educativas, religiosas y otras encrucijadas ...

A su vez, el rol de padre/madre tampoco se aprende a priori, sino que va siendo con el hijo; influyen en la pareja las experiencias con sus propios padres, con sus hermanos en la infancia; todas esas vivencias se reactualizan con la parentalidad, en sintonía con los aspectos que resuenan de cada hijo.

Lo que estamos diciendo se refiere a que la parentalidad –ser padres- tiene que ver íntimamente con modelos culturales. Ser padres, formar una familia varía de cultura a cultura, de momento histórico a momento histórico, según la etapa personal del ciclo vital en que se forma cada familia.

Las subjetividades, entonces, se insertan en un espacio que se supone protector de la intimidad, un espacio de solidaridad teñido por los colores de su época y geografía. Así, cada familia se forma dentro de la moral social de su contexto; puede o no coincidir con ella y, en consecuencia, adoptará inexorablemente (y, a veces, sin darse cuenta) una ética familiar con efectos en el modo de crianza y de encuentro, o desencuentro, con lo que hacen otros padres, otras familias del entorno social cercano y, también, respecto de las instituciones sociales con las que cada familia interactúa a lo largo de toda la vida.

Lo mejor, y también lo peor, de nosotros se juega dentro de la dinámica de los vínculos familiares. Cuando la familia es exitosa en su desempeño y establece una fecunda colaboración con los demás sistemas, logra su propósito clave de ser eje para la configuración de la propia identidad. Allí, se fraguan los primeros proyectos de vida,

se mama el conocimiento que atañe a las cuestiones fundamentales de la vida humana, se entrelazan estrechamente lo cognitivo, lo social y lo emocional. Es el eje de la salud personal y el antecedente crucial para la adecuada inserción social.

Cuando la familia fracasa en el desempeño de sus tareas fundamentales, el daño que produce en cada uno de sus miembros es muy intenso y duradero. Cada sistema familiar puede favorecer la patología o la sanación, lo cual no anula la conducta individual ni hace a todos los miembros igualmente responsables de su situación y evolución.

Algunos hitos en la historia de la familia

Uno de los grandes cambios que ha impactado las configuraciones familiares -a veces inadvertido- es que el sistema familiar, a lo largo de su historia, ha pasado de ser una unidad de producción a convertirse principalmente en una unidad de consumo; y en la actualidad, está mucho más cercano a una unidad de apoyo, de sostén y de protección frente al desempleo y la soledad. Un espacio de apoyo al débil, al enfermo, al convaleciente, al migrante.

Otro aspecto relevante de la evolución histórica de la familia en el último siglo nos muestra la transición de una visión centrada en el adulto hacia otra centrada en el niño, actitud que, por un lado, proporciona enormes beneficios y, por el otro, aplastantes ambivalencias, contradicciones y paradojas.

El siglo XX fue el Siglo de los Niños, de la irrupción /construcción de la infancia como actor social (Derechos de los Niños, 1959.). Lo contrario de este proceso, que hemos analizado en otros trabajos (Baeza, 2007), también nos enfrenta con la desinfantilización de la infancia, (Narodowski 1999- Postman, 1994) / la adultificación de la infancia, o su reverso, la adolescentización social.

Niños y jóvenes son hoy, a la vez, ciudadanos del mundo, sujetos de derecho y, al mismo tiempo, objeto de exterminio en guerras, calles, guetos y fábricas. Dentro de esta amplia franja etaria, es evidente una prolongación en el tiempo de cada una de las etapas, por lo menos, respecto de parámetros anteriores.

Aquel concepto de niño “tierno, feliz, incontaminado” para el que pensamos y construimos un tipo de aprendizaje secuenciado, graduado, con una información controlada, ha desaparecido.

El adolescente teórico, casi romántico, de nuestro imaginario y formación tradicional también parece estar casi extinguido. La incomunicación de aquel adolescente no se convalida con el adolescente “chateador” actual que pasa horas comu-

nicándose con otros ¿virtualmente o en la realidad? (Realmente, ¿no leen estos jóvenes o leen de maneras diferentes?).

Hoy vivimos entre adolescentes y jóvenes (casi adultos) cómodamente instalados en una larga moratoria social de la que parecen no poder moverse hasta ya pasados los 30-35 años. Claramente, hay muchas y múltiples infancias y adolescencias...hasta hay, o puede no haber, espacios que puedan denominarse de esta manera.

Los universos adolescentes responden claramente a organizaciones psíquicas y comunicacionales diferentes de las de los adultos (padres / docentes).

Son dueños de una personalidad "real" y otra/s "virtual/es". Por ejemplo, en los video juegos o en los chat o blogs) que aplican o interrumpen cuando quieren, usando hasta nombre ficticios (nicknames). Forman parte de simulaciones, superposiciones, simulacros en redes, cuyos códigos suelen ser casi desconocidos para nosotros.

Otras son hoy las nuevas subjetividades infantiles y juveniles, y quienes trabajamos con ellos debemos deconstruir unas y construir otras representaciones de la infancia, la adolescencia y la juventud.

Hoy es Odisea

A inicios de los años 90, la generación de la juventud llamada X fue caracterizada como una generación reacia a contraer compromisos, a construir un porvenir y carente de modelos claros que la motivaran.

Hacia fines del siglo XX, la generación llamada Y se caracterizó por comportamientos juveniles poco dispuestos hacia el trabajo; vivía sometida al vértigo tecnológico, era adicta al celular, la PC e Internet y estaba entregada a una modalidad nómada que permitía la reciente tecnología.

La actual generación, llamada Odisea*(1), caracteriza los comportamientos de los jóvenes de entre 20 y 35 años. Esta metáfora explica la conducta juvenil como una continua elusión de compromisos a largo plazo, con relaciones inestables. Alude al largo viaje de Ulises entre peripecias y riesgos que expresan, no obstante, un deseo / voluntad de permanecer en el viaje sin arribar a ningún -o, por lo menos, a un incierto- puerto final.

Desde la perspectiva en que hemos sido formados tradicionalmente, consideramos la adolescencia como una etapa de maduración, o moratoria, que da paso a la joven adultez, a la capacidad de asumir decisiones y vínculos estables, tanto en lo personal / afectivo como en la elección de pareja o en la fundación de una familia,

así como también en el orden laboral. ¿Será esta la única forma posible de verlo? ¿O nuevas premisas paradigmáticas se aproximan? ¿No es necesario modificar nuestra mirada y redefinir o, en todo caso, ampliar la reflexión sobre la adolescencia – la juventud y, por ende, la familia.?

Nuestro tiempo: cambio – incertidumbre - inseguridad

Nuestra época actual postmoderna, o de modernidad líquida, como gusta llamarla Bauman, (2005), muestra a los jóvenes con una concepción escéptica y relativista de corte hedonista que también circula en los medios y refuerza sus conductas.

La noción de instantaneidad, que también señala Bauman (2003), es notoria en nuestra juventud. Se refiere a una concepción muy rápida y a un lapso muy breve que, en realidad, denota la ausencia de tiempo lineal, es decir, una concepción temporal demasiado rápida que excluye la posibilidad de anticipación y resta posibilidad a la espera y a la demora. “La velocidad, y no la duración, es lo que importa” (Bauman, 2006)

Lo que en otro trabajo (Baeza, 2007) he llamado las nuevas pobrezas, como la desmotivación, la apatía, el aburrimiento, el desinterés, la desilusión...y algunos otros, son sentimientos y actitudes compartidos por niños, adolescentes, jóvenes y también adultos. Se anclan en este estilo de vínculos sociales actuales tomando forma líquida, una vida poco comprometida, “desperdiciada”, a veces cercana a la desesperanza.

En nuestro medio, es notorio el declive de la idea del progreso bajo forma de desilusión frente a una realidad poco alentadora, dudas acerca del futuro, condiciones estas que aumentan la incertidumbre y parecen anclarse en una pérdida (o debilitamiento) general del significado y sentido de la vida (Bauman, 2006)...Y no se trata solo de incertidumbre, sino de carencia de referentes sólidos.

Esta cultura postmoderna ha resquebrajado valores y creencias cognitivos, éticos, económicos, estéticos y religiosos. Se han perdido seguridades tradicionales con relación al saber hacer, así como las creencias y normas orientativas (el uso de tecnología, por ejemplo, generó un nuevo paradigma: adolescentes y jóvenes han demostrado que disponen de un saber hacer y aprender muy superior en velocidad y capacidad a sus padres)

El aumento del individualismo lleva a que las personas, desde estadios tempranos, comiencen hacer de sí mismas el centro de sus vidas y establezcan sus propios estilos de vida, lo cual contribuye a fragilizar al modelo de familia, que se había categorizado como natural e insustituible.

Un ejemplo simpático y muy elocuente tomado de un terapeuta italiano (Nardone, 2003) ilustra el panorama que venimos exponiendo. Se trata de la consulta que recibió de una famosa revista económica italiana. Una de las secciones de la publicación, que daba a los lectores asesoramiento gratuito sobre problemas financieros, recibió sorprendida cientos de preguntas provenientes de jóvenes para saber cómo heredar legalmente y de forma anticipada el patrimonio de sus padres. O sea, cómo obtener en herencia el capital de la familia con los padres aún en vida.

El breve e insólito ejemplo muestra a las claras el sentimiento de los hijos: considerarse con pleno derecho de poseer lo que, según ellos, les correspondía... y que, además, los haría más felices de jóvenes que de viejos.

En escenarios semejantes, no es raro que encontremos padres e hijos desorientados.

Hijos desorientados - padres desconcertados

Los tiempos de hoy y las circunstancias nos enfrentan con cambios gigantes en tiempos mínimos: los cambios y su aceleración- la velocidad del cambio, es decir, el cambio del cambio- exige hoy una flexibilidad y una capacidad para tolerar la incertidumbre como no se conoció en épocas anteriores, lo cual toca de cerca a los modelos de familia, de parentalidad y de filiación, pues los recibidos de generaciones anteriores están en un continuo cuestionamiento y transformación.

La cultura de los micro y macro contextos, el mundo globalizado vía medios masivos o Internet afecta, transforma y da nuevos funcionamientos y organización a los modelos familiares, a la vez que trae información al seno mismo de la familia, a veces enfrentando a los miembros. Los mandatos sociales que llegan desde los medios inducen actitudes y comportamientos que vale la pena iluminar. Se refieren al consumismo, al exitismo, al apego exagerado a la apariencia, al exceso de autoestima (sin logros reales) y al facilismo, entre otros. Veamos someramente algunos de los más evidentes:

- *Soy lo que tengo.*
- *¡Comprame, comprame comprame!*
- *El Soy lo que parezco,*
- *y el valgo sólo si les gano a los otros.*
- *La felicidad individual es lo más importante.*
- *Ser feliz es tener cosas.*
- *Si es caro, es valioso.*

- *Lo que importa es tener plata.*
- *Lo nuevo es mejor.*
- *Si todos lo hacen o todos lo tienen, yo también lo merezco.*
- *Ser rico es ser popular, exitoso...*
- *Jugá al básquet, si querés ser alto.*
- *Hacé danza clásica o jazz, si querés ser flaca y elegante.*

Fácilmente reconocibles, característicos de nuestra época, reflejados y potenciados en y por los medios. Son mensajes cotidianos que nos impregnán, nos influyen y vamos trasmitiendo; a veces, sin darnos cuenta... impidiendo ver la riqueza de la diversidad, persiguiendo la ilusión de un patrón único de perfección que se compre o se venda en un envase adecuado.

Los más pequeños aprenden, ya desde las salas de inicial, qué es lo que "deben desechar" y, al mismo tiempo, "poseer" para formar parte del grupo de pares ("porque todos lo tienen") Los jóvenes también reciben la promesa -o ellos así lo quieren significar- de beneficios sin esfuerzo, ni demora (lo quiero /ahora, ¡compre ya!), todo lo cual refuerza la tendencia a evitar o postergar compromisos / esfuerzos, a consumir indiscriminadamente o usar el tiempo como si fuera inagotable. Y no solo estamos hablando del modo de desear y consumir, sino del aprendizaje / entrenamiento en creer que aquello que se emite por TV es portavoz de las satisfacciones pendientes.

¿Mitos o realidad familiar?

Imposible no revisarlos en relación con el tema. Los mitos familiares se van entretejiendo con la historia y en el contexto de cada familia. Son esos sistemas de creencias que comparten los miembros de la familia respecto de su identidad familiar, cuáles son los roles y las interrelaciones entre sus miembros; cada uno de ellos modula el perfil familiar.

Estos mandatos, muy presentes en la vida cotidiana, tienen, a veces, pocos referentes reales, pero gozan de mucho poder a la hora de actuar; y, aunque útiles por su valor como profecía y cohesión para la familia, muchas veces suelen esconder conflictos de insatisfacción, o de hastío, al no alcanzar su concreción.

Parece interesante echar una mirada sobre ellos en relación con la vida familiar:

Entre nosotros, los argentinos, todavía parece tener mucha vigencia el mito de la armonía familiar referente a la unión, paz, amor familiar entre todos, felicidad material y normalidad (somos muy honrados / respetamos la autonomía de nues-

etros hijos, somos una familia siempre muy unida, etc.) (Baeza 1994).

O bien, aquel mito del chivo expiatorio, también bastante frecuente, y en sintonía con una música muy argentina (el lenguaje vulgar lo confirma; "yo, argentino") que genera en la familia la sensación de que alguien – otro / no yo- es culpable... y pone el acento en una persona o suceso que, al ejercer la función de chivo expiatorio, carga con todas las desgracias de una familia (ya sea el padre alcohólico, un accidente, la ruina familiar por culpa de un mal negocio, los genes, fulano es igual a...; y... es la herencia, etc.); y, así, se disculpa y desvincula a los demás de la culpa y la responsabilidad...

El mito de la salvación, también generalizado entre nosotros, apunta a la aparición de algún salvador mítico, mágico y omnipotente que libere a la familia/ país de todo sufrimiento. Al igual que en el mito del chivo expiatorio, la familia se siente liberada de la responsabilidad grupal.

El mito del sacrificio voluntario (dar sin pedir nada a cambio) apunta e implica que algunas personas en esa familia aceptan su entrega como valor prioritario "sufrir por el bien de la familia", lo que produce una anulación y un sentimiento de soledad personal, una alienación del o de los protegido/s y un modo simplificado de facilitar el egoísmo de los otros.

Otros mitos, como el de "una madre no se equivoca", o "una buena madre nunca pierde el control", o bien, "la madre es la principal artífice de la vida del hijo" también cuentan con un lugar de privilegio y nos atan a ideales, si no erróneos, por lo menos, distorsionados.

El mandamiento fundante de nuestra tradición judeo-cristiana, Honrarás a tu padre y a tu madre, que incluye el concepto de lo intergeneracional, no es entendido hoy por los padres ni acatado por los hijos como 1 ó 2 siglos atrás.

Otro mito muy fuerte de los años '50, que felizmente se va desarmando, se basaba en la idea de no intrusión en las dotes innatas y la creatividad del niño y luego del adolescente, tanto en casa como en la escuela. Exaltaba la importancia de un método altamente permisivo, sin reglas, incentivos, castigos o recompensas que podrían causar traumas, frustraciones y estrés.

La reflexión sobre los mitos, los mandatos, las teorías de moda o las opiniones de los medios es indispensable, ya que pueden perturbar la relación entre padres e hijos. Todos son mensajes que inducen a actitudes y comportamientos en los hijos o en los padres capaces de originar y sostener círculos viciosos.

El lenguaje silencioso y las tecnologías

El lenguaje silencioso -así llamado, pues se refiere al lenguaje de los gestos,

las posturas, los tonos de voz, el manejo y uso del espacio y toda la comunicación no verbal- acompaña siempre a las palabras silenciosamente y tiñe, también, la trama familiar.

Un tema insoslayable, hoy, en relación con la familia, es la reducción de los espacios vitales (viviendas más pequeñas, menos lugares para desarrollar actividades individuales dentro del hogar, menos lugar para la intimidad de cada miembro, los sanitarios dentro o fuera de la vivienda, menos calle y espacios para juegos). La tan necesaria y preciada intimidad para el mantenimiento y desarrollo de los vínculos afectivos, además de lo espacial, está también continuamente interferida por la tecnología; a veces, de manera silenciosa; otras, no tanto.

El teléfono celular, Internet, la PC, los fotologs, las páginas web, la misma TV -que ya es un miembro de la familia-, cada uno de ellos con programaciones varias y presencias (eventos deportivos -fútbol- programas de alto rating) ocupan determinados horarios que antes eran netamente familiares (como las cenas o los festijos) e implican la anexión de otras lógicas témporo-espaciales que influyen en la vida familiar.

El "gap" generacional que tan claramente nos marca la tecnología muestra el testimonio de adultos que están total o parcialmente excluidos de la conexión de sus hijos y "los / el otro/s". Así, se generan aislamientos diversos dentro de la vida familiar y encontronazos entre adultos y jóvenes.

Los "para-familiares mediáticos" (Giberti, 2005), como son llamados los periodistas o conductores de los medios, generan una vivencia de familiaridad en el televidente, un vínculo de intimidad que, a veces, se presenta, incluso, en ausencia del programa.

Este nuevo escenario virtual de interacciones sociales donde jóvenes y niños, desde siempre, participan activamente, se entusiasman, juegan, se aburren, se enojan, aman, se muestran, descubren, se amigan y se pelean, es un mundo de nuevos códigos en el que -obviamente- también construyen sus identidades. Esta cultura visual-digital se instituye en educadora informal de todos los miembros del grupo familiar. Estas nuevas formas de relación de intimidad con un otro ausente-presente acoplada a la familia son un nuevo fenómeno psicosocial y comunicacional, ya integrado en distintas clases sociales. Estos territorios, inéditos para las generaciones de padres y abuelos, presentan dilemas que anidan en el corazón de las neo-familias.

La familia como oportunidad

No es, entonces, la configuración familiar la más útil ni la única dimensión como criterio de valoración. Mirar, en cambio, cómo se llevan a cabo sus funciones básicas, cómo es la interacción e interdependencia -recíproca y dinámica- entre sus miembros, cómo se juegan las transacciones interpersonales facilita análisis más fecundos.

Sin pretender agotar el vastísimo territorio que incluye, tal vez resulte oportuno caracterizar algunos modelos / patrones o dinámicas familiares frecuentes y ampliar la mirada a diversos modelos de organización familiar atendiendo a sus reglas (la sintaxis), a los significados que surgen de su aplicación (la semántica) y a las acciones y comportamientos que estos originan (la pragmática).

Familia: ¿protección o soledades?

Muy simplificados, y sin agotar el extenso campo que estamos desarrollando, exponemos algunos modelos de organización familiar, frecuentes en nuestro medio, en cuanto a las relaciones entre padres e hijos.

Obviamente, no existen modelos puros; suelen darse combinaciones de más de uno con los otros. Como toda clasificación / tipificación, esta sirve para dirigir la observación, ampliar el análisis y, sobre todo, evaluar las consecuencias del peso de algunos aspectos sobre otros.

Caracterizaremos:

1. el modelo hiperprotector;
2. el modelo democrático-permisivo;
3. el modelo del sacrificio / sacrificante;
4. el modelo intermitente;
5. el modelo delegante, y
6. el modelo autoritario.

7. Un último modelo de organización familiar incluye el modelo de familia transnacional por su vigencia actual, que tiende a generalizarse. Este modelo, más allá de características propias que describiremos, puede combinarse con cualquiera de los modelos mencionados.

1. El modelo hiperprotector

Es una modalidad familiar cerrada y muy protectora. Se caracteriza por ponerse en el lugar de los hijos, a los que considera frágiles, intenta evitarles toda difi-

cultad o frustración o, directamente, hace las cosas por ellos. La modalidad comunicativa, inclusive la no verbal, es la asistencia rápida, la intervención inmediata del adulto; incluso, la anticipación ante la mínima dificultad del hijo. Gradualmente, se gesta en los hijos la sensación de incompetencia y hasta de incapacidad; y, en el tiempo, el riesgo es que no asuman responsabilidades ni riesgos vitales.

Los hijos en esta modalidad no aprenden a afrontar las consecuencias de sus actos, predomina en ellos el sentimiento de soy especial / extraordinario, las cosas me corresponden por derecho, y no me voy a exigir para obtenerlas. La sobreprotección implica que no confiamos en la capacidad de nuestros hijos para resolver sus problemas y se los evitamos o resolvemos sin darles tiempo de que lo intenten por su cuenta. Esta actitud no les permite aprender a cuidarse a sí mismos ni a enfrentar desafíos cada vez más complejos, o resolver problemas en cuestiones de dificultad creciente. El mensaje oculto transmite: solo no puedes / no vas a poder.

Son hijos que no aceptan frustraciones y, a veces, reaccionan con agresividad si sus necesidades, por el solo hecho de haber sido expresadas, no son satisfechas. Como sagazmente escribió Oscar Wilde: "Con las mejores intenciones, se obtienen, la mayoría de las veces, los peores efectos".

En este tipo de sistema familiar, el amor excesivo obstaculiza a los hijos la construcción de sí mismos, la autonomía, la capacidad de elección y la responsabilidad de las propias acciones.

2. El modelo democrático-permisivo

En este modelo, padres e hijos son amigos, pierden la asimetría que caracteriza las relaciones familiares. Es una modalidad que muestra ausencia de jerarquías y, en general, falta de autoridad. El supuesto más evidente es que hay que llegar –no importa cómo– a un consenso que se obtiene a través del diálogo fundado en argumentos razonables o razonamientos interminables. Todo se pacta, la finalidad última es lograr la plena armonía familiar sin conflictos; peligrosamente, se asume que todos los miembros de la familia tienen los mismos derechos. El hijo es admitido en calidad de par / igual, desde edades precoces, en decisiones o conflictos. El conflicto se cede o se evita.

Muchas veces, esta modalidad convierte a los hijos en dominantes, y los padres quedan a expensas de sus caprichos y deseos. El hijo actúa bajo el supuesto: cuánto más prepotente soy, más obtengo.

Las premisas de estas familias no prevén reglas firmes y constantes ni sanciones. Todos pueden modificar las reglas a su propia conveniencia. Padres e hijos están en el mismo plano.

Esta simetría facilita, en oportunidades, lo que llamamos antes la adolescentización de los padres que, a veces, imitan a sus hijos en su forma de vestir, en sus gustos musicales o prácticas deportivas, (Baeza 2007). Esto los transforma, ante las dificultades, en guías o referentes poco creíbles como apoyo y brújula para sus hijos, a los que sumen en una incertidumbre e inseguridad constante.

3. El modelo sacrificante

Como su nombre lo indica, esta modalidad centra su visión del mundo en el sacrificio de uno o más miembros para proteger a otros. Se relaciona íntimamente con el mito del mismo nombre. Los roles se dirimen en términos de “un altruista” en una posición de inferioridad y otro, el “egoista”, en una posición aparente de superioridad.

El mito que sostiene estas conductas es que los padres deben sacrificarse por los hijos, dejar de hacer cosas para sí mismos. Dejar lugar al placer, en esta modalidad, a veces anclada en una concepción religiosa, se considera que seguramente atraerá la desgracia.

Si el sacrificio no es apreciado por el/los beneficiarios, estos se enojan. Los padres tienen la expectativa de que los hijos los recompensarán por todo lo que hacen por ellos, ya sea con éxito en la vida o el logro de cuanto ellos no han podido tener. Todos los recursos de la familia están a disposición de los hijos a fin de que tengan posibilidad de destacarse.

Los hijos hiperprotegidos de esta modalidad saben poco de frustraciones y de rechazos. A veces, encuentran dificultades en la inserción social o adhieren, justamente, al polo opuesto; por ejemplo, grupos extremos que se les imponen como referentes fuertes. skins, nazis, dark, bandas..

4. El modelo intermitente

Está caracterizado por una interacción entre adultos y jóvenes que cambia continuamente; es caótica, con ambivalencias continuas –en cualquiera de los roles que dan lugar a la alternancia entre posiciones opuestas. Por ejemplo, un miembro asume conductas de hiperprotección seguidas por conductas permisivas extremas, para asumir, por último, un papel de víctima sacrificante.

Los mensajes que circulan, por lo tanto, son confusos, y sumen a los miembros en un sentimiento de duda e inseguridad continuas acerca de la validez misma de las propias acciones y posiciones. En este sistema, tampoco hay reglas fijas o continuas. Estas son objeto de revisiones permanentes. Están ausentes las bases seguras y los referentes. La constante es el cambio continuo.

Las consecuencias de este modelo son que genera en los hijos actitudes de

inconstancia y de duda continua sobre la idoneidad de la estrategia elegida. Faltan oportunidades para demostrarse eficaces y, por lo tanto, predomina la inseguridad.

5. El modelo delegante

Es el que caracteriza a una pareja recién formada, pero que no logra desarrollar un sistema autónomo de vida, sino que se inserta en un contexto de relaciones en la familia de origen de uno de los dos cónyuges. Puede –o no– haber cohabitación, pero hay una excesiva implicación con los padres / familias de origen y no consiguen concretar la emancipación del nuevo núcleo familiar.

Esta delegación, en ocasiones, implica una renuncia, total o parcial, a nuevos roles de los miembros de la joven pareja.

Este modelo, a veces sostenido en nuestro medio por situaciones de necesidad económica extrema, hace evidente las dificultades a medida que los hijos crecen y requieren necesidades diferentes. Cada hijo se encuentra con varios (tres o cuatro) padres / madres que, en algunos casos, compiten entre sí para satisfacer las / sus demandas (“te complazco para hacerme obedecer”).

Los mensajes y la comunicación predominantes son confusos, pues suele haber contradicción entre lo verbal y lo no verbal, ya que, para mantener la paz familiar, puede ser arriesgado para alguno/s decir lo que realmente se piensa. Los gestos son elocuentes (ojos al cielo, gestos de resignación, guiños a la espalda de, tonos de voz irritados...)

En estos sistemas, la lealtad a las antiguas reglas/leyes de los abuelos continúan válidas e inamovibles para todo el grupo familiar más extenso. (“En esta casa, todo queda como era antes: horarios, costumbres, jerarquías, decoración”).

La consecuencia, como no es difícil imaginar, es que los padres no sean los verdaderos padres de sus hijos, sino algo más cercano a hermanos mayores. A veces, sus hijos les piden a ellos su apoyo cómplice, lo que disminuye las ocasiones de intercambio, de enfrentamiento y de experiencias comunes. Lo que los padres critican o prohíben es aprobado por los abuelos, y viceversa. A estos hijos, cuando adolescentes, les faltan ejemplos de comportamientos autónomos.

6. El modelo autoritario

Es un modelo relacional en el que uno de los padres o ambos ejercen el poder sobre los hijos. Más estudiado, tal vez por tradicional, es característico de épocas pasadas y casi superadas, aunque todavía cuenta con familias que se inspiran en él.

La jerarquía y la autoridad, generalmente, están puestas sobre la figura del padre, con la mujer en una posición inferior. Los hijos, con poca o ninguna voz, deben aceptar los juicios y dictámenes impuestos por los padres. Suele existir una

sobreexigencia en lo académico y en la adquisición de habilidades y competencias para obtener éxitos personales. El hijo mayor, muchas veces, ocupa un lugar central, y existen diferencias notorias en las relaciones de los dos sexos (reglas y permisos/prohibiciones para las mujeres u otras reglas para los varones).

7. El modelo –muy actual- de familia transnacional, descripto recientemente por Falicov (2007), es un modelo al que es necesario prestar atención, pues expone una modalidad relacional característica de nuestro mundo globalizado que se agrega a otras ya existentes o se combina con ellas.

Los inmigrantes modernos / actuales pueden ser pensados como transnacionales, ya que mantienen conexiones múltiples con sus países y familias de origen a través de la tecnología de la comunicación (vía telefónica, correo electrónico, chats con imágenes, envíos de dinero, etc.) Estos nuevos inmigrantes o transmigrantes suelen sostener dos o más idiomas y dos culturas nacionales. Los lazos con la familia de origen no se cortan, sus contactos familiares y su lengua continúan presentes y evolucionan durante toda la vida. La lengua del país de adopción y los valores de cada cultura se manifiestan y alternan, según el contexto, sin demasiado conflicto.

Naturalmente, la ausencia de proximidad física y de convivencia diaria debilita los lazos emocionales característicos de las relaciones familiares íntimas y cotidianas (rutinas, conversaciones diarias, acontecimientos personales de cada miembro, comidas, hábitos, rituales).

El riesgo suele ser la deformación de las comunicaciones que se establecen entre los que se quedaron y quienes partieron en relación con el motivo de la migración, lo que puede dar lugar a ambigüedades, distorsiones, falsedades o idealizaciones. Son familias, en general, con límites o fronteras ambiguas, poco claras (¿Quién está adentro o afuera de esa familia? / ¿Cuándo? / ¿Para qué?). Tanto la partida como los momentos de reencuentro ponen a este tipo de sistema familiar en situación de crisis intensas.

Otra clasificación muy fecunda y en sintonía con la que venimos exponiendo nos la proporciona un completo informe realizado por la Sedronar hacia fines de 2005 sobre adolescentes argentinos.

Si bien el foco central de este estudio estuvo puesto en el consumo de alcohol, nos parece oportuna -y muy elocuente- la tipificación que hicieron de los roles de adultos / padres frente a un límite (el alcohol, en este caso), ya que la clasificación puede ser transferida a niveles macro-sociales.

El espacio de tolerancia de los padres, que plantea la investigación, cubre un continuum que va de mayor a menor y establece un nivel medio de permisividad

que intenta actuar como equilibrio entre los dos polos extremos. Entre los tipos o estilos altamente permisivos encontramos al padre / madre "sobreviviente, al cómplice, al cómodo y al resignado". En el punto de equilibrio se encuentra el estilo de padre / madre "contenedor", mientras que en el polo más alejado de permisividad se ubica un estilo parental que denominan "encapsulador".

Veamos brevemente cada uno, y establezca el lector relaciones con los modelos desarrollados.

El tipo/estilo de padre

El "sobreviviente":

Se ubica en un polo de alta permisividad y tolerancia frente a los límites o reglas en general. Está sobrepasado por la situación que debe enfrentar y adopta una actitud pasiva, indiferente, sin posibilidad de actuar, decidir y ejercer su autoridad. "Zafa", como dirán los mismos jóvenes, pasa el momento.

El estilo "cómplice":

Supone una alta y activa permisividad. Es un parente adolescente, compinche y, a veces, en competencia con el hijo, con relaciones democráticas/simétricas. Esta desjerarquización acarrea falta de límites y excesiva flexibilidad en el sistema familiar, que asume una lógica cultural postmoderna, como hemos planteado (Bauman - 2003). Es interesante que, en la investigación, los mismos chicos manifestaron incomodidad frente a este estilo, ya que no cumple con lo esperable para el rol parental.

El "cómodo":

Es permisivo desde una actitud pasiva. "Hace como que no sabe", no se involucra para no crearse problemas. No niega el problema en su dimensión social, pero no lo ve en su caso/hijo/hija particular .

El "resignado":

Expresa un discurso contrario a la idea de permisividad, pero en los hechos deja hacer. Considera que no está en sus manos la solución. Cuando su actitud es más pasiva, se vuelve cercano al cómodo; cuando es más activa, se acerca más al cómplice. Esta característica de confusión y alternancia caracteriza su comportamiento errático, a veces caótico.

El estilo “contenedor”:

Se enmarca en un punto medio del espacio de permisividad; busca cumplir una instancia de equilibrio. Es el tipo que más acerca al imaginario juvenil ideal, cumple el rol mediador, de paso al mundo adulto. Manifiesta un pensamiento crítico y, aunque valora el diálogo, en este sistema se respetan los espacios de jerarquía, autoridad y pautas claras. Los límites actúan como protección, contención y cuidado.

El “encapsulador”:

Se ubica en el grado de menor permisividad que es, a su vez, el grado de mayor prohibición con la idea de preservar a los hijos de los riesgos del mundo. Predomina una actitud prohibicionista activa (“no, porque no”) que suele interferir en el desarrollo de la autonomía de los hijos.

Conclusiones

Podríamos continuar con clasificaciones que abundan en la literatura y la práctica especializada, pero seguramente encontrariamos patrones similares a los expuestos. Sacar de todos ellos una conclusión nos lleva, ya cerrando esta exposición, a rescatar los aspectos centrales en interacciones familiares funcionales, más allá o más acá de la configuración en si misma, siempre recordando el contexto y las fuerzas sociales más cercanas y más lejanas que modelan nuestras vidas. Lo mismo vale para otros sistemas humanos, como es el potente sistema que conforma familia-escuela. Otros trabajos (Baeza 2005) dan cuenta de ello, pero, tal vez, valga la pena reiterarlas.

Entre las características centrales de un funcionamiento sano entre familia y escuela- citamos (Baeza 2003):

- la conexión y el compromiso de los miembros entre sí;
- el respeto por las diferencias individuales;
- las relaciones entre adultos a cargo, caracterizadas por respeto mutuo y poder igualitario, equilibrado y compartido;
- el liderazgo y la autoridad adulta efectiva;
- la estabilidad en la organización del sistema –familiar / áulico;
- las características de flexibilidad;
- una comunicación abierta, clara, directa;
- una efectiva resolución de problemas, y
- un sistema de creencias compartido.

Esta exposición amplía más aun el espectro y agrega algunas otras conclusiones, aplicables por igual a la familia, a la escuela y a la relación del "entre" que vincula a ambos sistemas.

Entre ellas, resumimos:

No resulta sano negar la existencia de conflictos, ni la propia responsabilidad o contribución a él.

El excesivo distanciamiento (cismogénesis) entre los miembros de la familia tampoco resulta adecuado. Las relaciones más sanas implican un grado de participación mutua, balanceada, con negociaciones entre los miembros y metas concretas.

Lo mismo sucede con una excesiva proximidad intrafamiliar (intricación) en donde se asumen responsabilidades del otro, se eluden las propias, se viven las emociones ajena más que las personales y no se formulan mensajes claros.

Cuando en la interacción familiar, la distribución de roles o las normas establecidas resultan inamovibles a pesar de la necesidad de cambio, estamos en presencia de rigidez en el sistema, predomina la escasa o nula sensibilidad para detectar necesidades de los demás miembros (impermeabilidad).

La sobreprotección es otro estilo disfuncional de interacción, y, como hemos visto, ahoga las demandas de autonomía y genera en el protegido sentimientos de baja competencia y desvaloramiento.

Por último, el enmascaramiento. Sucede cuando una necesidad de afecto o una crisis se enmascaran con cualquier tipo de obsesiones (de limpieza, de orden). Ese miembro, que así actúa, asume un rol de sufridor culpabilizando a los demás, lo que muestra un extremo altamente disfuncional del sistema familiar.

La vida familiar, hoy, nos demanda comportamientos y funciones diferentes de valores y roles sociales en los que hemos sido criados. Se hace necesaria la reflexión ética y auténtica.

Este siglo XXI parece exigirnos enseñar y aprender a activar los propios recursos, a pensar por nosotros mismos y a confiar en las propias posibilidades teniendo en cuenta al otro en un vínculo de equidad y solidaridad.

Las actitudes indispensables para ello son: amor, seguridad, confianza, flexibilidad y esperanza.

Los avances científicos y las nuevas posibilidades y técnicas de reproducción asistida están generando nuevos modelos de filiación que, sin duda, tendrán repercusión en la estructuración psíquica y en los modos de organización social y familiar ...estos efectos aún no los conocemos.....

Parafraseando un sencillo aforismo de Robert Frost, diría: "Cuando era joven

miraba a los viejos para aprender del pasado... ahora, más vieja, camino con los jóvenes para encontrarme, y entender, con el futuro..."

La familia venidera deberá re - inventarse una vez más.....

Bibliografía

- BAEZA S. *Funcionamiento y clima sociorrelacional del aula*. Buenos Aires.. Aprendizaje Hoy. 2005
- BAEZA, S. (a) *El imprescindible puente: Familia-Escuela*. Buenos Aires. Aprendizaje Hoy. 2006.
- BAEZA, S (b) "Representaciones sociales y creencias". *Revista Aprendizaje Hoy*. Año XXIII, N° 56. Buenos Aires. 2003. Año XXVII. N° 68. (2007).
- BAEZA, S. "Responsabilidades educativas: ¿diálogos o sorderas?" Autora, pág. 30/33. *Revista Novedades Educativas*. Año 19, N° 201. (2007).
- BAUMAN, Z. (a) *La vida líquida*. Buenos Aires. Paidós. 2006.
- NARDONE, G. *Modelos de familia*. Barcelona. Herder. 2003.
- NARODOWSKI, M. *Después de clase. Desencantos y desafíos de la escuela actual*. Buenos Aires. Editorial Novedades Educativas. 1999.
- POSTMAN, N. *The disappearance of childhood*. Nueva York. Vintage Books. 1994.
- SARTORI, G. *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Madrid. Ediciones Taurus. 1997.
- TEDESCO, J. "La educación y los nuevos desafíos ciudadanos". *Nueva Sociedad*. N° 146. Diciembre 1996.
- SEDRONAR. *Imaginarios sociales y prácticas de consumo de alcohol en adolescentes*. (Informe). Diciembre 2005.
- TEMPERA DE DEVOTO, R. *Familia: identidad y pertenencia*. Buenos Aires. Ediciones Universidad del Salvador. 2005.
- TRENCH, N. *Todo sobre tu hijo*. Montevideo. Aguilar. 2007.
- WAINERMAN, C. (comp.) *Vivir en familia*. Buenos Aires. Ediciones Unicef-Losada. 1994.
- WAINERMAN, C. *La vida cotidiana en las nuevas familias*. Buenos Aires. Lumiere

Revistas

- *Revista Aprendizaje Hoy*. Buenos Aires. Editor Alejandro Morgantini. www.aprendizajehoy.com.ar

- Novedades Educativas. Colección Ensayos y Experiencias. Buenos Aires. Ed. Novedades Educativas.
- Informes Sedronar –Observatorio Argentino de Drogas/Organización de Estados Americanos. Perspectivas sistémicas. www.redsistematica.com.ar

* El presente trabajo forma parte de la conferencia dictada en la Feria del Libro en abril de 2008.